

Quando Deus erit iudex, alius testis quam conscientia tua non erit. IDEM. IN PSALM. XXXVII.

Quid dulcius bona conscientia? quæ si non est, et mala est, pungit, et amara sunt omnia. IDEM. IN CAP. ULTIM. PROVERB.

Verius et jucundius gáudebis de bona conscientia inter molestias, quam de mala inter delicias. S. AUG. LIB. DE CATECH. RUD.

Humana iudicia potest subterfugere mala agens, sed non iudicium conscientia. S. GREGOR. LIB. XXVII, MORAL. CAP. XVII.

Quid prodest si omnes laudent, et conscientia accuset? aut quid poterit obesse, si omnes derogant, et sola conscientia defendat? IDEM. SUPER EZECH. HOM. IX.

Omnia fugere poterit homo præter cor suum: non enim potest à se quisquam recedere: quocumque enim abierit, reatus sui conscientia illum non derelinquit. S. ISIDOR. IN SYNOD.

Sicut rivus, quocumque fluit, terram cavat, ita conscientia mala rodere occulte mentem non cessat. S. BER. LIB. IV DE CONSID.

En el juicio de Dios no habrá otro testigo que tu propia conciencia.

¿Hay algo más agradable que una conciencia pura? Sin esta circunstancia todo es tormento, todo es amargura.

Por medio de una buena conciencia experimentarás un gozo más dulce y verdadero en las aflicciones, que entre las delicias con mala conciencia.

El que obra mal puede fascinar ó engañar á los hombres, pero no á su propia conciencia.

¿De qué sirven las alabanzas si la conciencia nos reprende? Al contrario ¿qué mal pueden hacer los vituperios de los hombres cuando nos tranquiliza una buena conciencia?

El hombre podrá huir de todo ménos de su propio corazón, porque nadie puede huir de sí mismo: donde quiera que vaya, le acompaña el testimonio de su mala conciencia.

Así como el agua del arroyo por dó quiera que pase se lleva la tierra, así la mala conciencia roe continuamente el corazón.

CONCORDIA

DE LA RELIGION CON LAS CIENCIAS Y ARTES.

I.

Vos estis lux mundi.

Vosotros sois la luz del mundo.

(*Matth. v, 14.*)

El catolicismo ha impuesto á la civilizaci6n gravísimas obligaciones; más de esto no hemos de colegir, que los obispos y los sacerdotes sean unos hombres políticos encargados de dar las leyes á las naciones, y encaminarlas á su bienestar material: Jesucristo no los ha enviado para edificar la ciudad de la tierra, sino la del cielo. Pero como ellos poseen todas las verdades del 6rden intelectual y moral, es imposible que, sin su cooperaci6n, pueda la prosperidad temporal establecerse en los pueblos.

Sin embargo, muchos no lo comprenden de esta suerte; así los incrédulos rechazan los beneficios de la religion, diciéndole: que no comprende las necesidades ni las exigencias de nuestra época. Nosotros, dicen los incrédulos, queremos tres cosas, que no están á vuestro alcance: el perfeccionamiento de las artes y de la industria para aumentar el bienestar y comodidades de la vida; el desarrollo de la inteligencia por medio de la instruccion, que se ha hecho accesible á todo; la libertad social por medio de amplias instituciones, que hagan imposible todo género de despotismo. Pues bien; ese programa nada tiene contrario al Evangelio, y la Iglesia lo acepta. Pero, desde luego, hermanos míos, debo manifestaros, que sin la Iglesia es imposible realizarlo; y que todos los esfuerzos que hagais para poner en práctica ese programa, sin la cooperaci6n de la Iglesia y de sus ministros, solo servirán para confundiros y labrar la desgracia de los pueblos. La lógica y la experiencia vienen en nuestro apoyo para probar esta

proposicion, y os demostraré, hermanos míos, que los mismos medios que han preparado la prosperidad y bienestar de España, podrían tambien solos volverle en la actualidad la prosperidad que ha perdido. Imploramos antes los auxilios del Espíritu Santo por la intercesion de María, á quien saludaremos con el Angel, diciéndola: A. M.

1. El perfeccionamiento de las artes y de la industria para aumentar el bienestar de la vida es otro de los artículos del programa á que los incrédulos reducen la civilizacion. Pues bien; nosotros os decimos: «Ahí teneis el mundo entero; Dios lo ha entregado á vuestra explotacion. Reunid todas las producciones del suelo, arrancad á las entrañas de la tierra el oro y los preciosos metales que encierra, haced especulaciones, inventad máquinas, abrid canales, cruzad de caminos de hierro todas las comarcas, pedid al vapor su eficacia para atravesar las distancias, para recorrer los mares, para reunir á todos los pueblos por medio del comercio; nosotros aplaudiremos, nos alegraremos de estas relaciones, y seremos partícipes de vuestras invenciones: vuestro vapor, vuestros caminos de hierro trasportarán á todas partes á nuestros misioneros; todas las naciones oirán la predicacion del Evangelio; habreis cooperado á la union de los pueblos, y todos los hombres formarán un solo pueblo y una familia bajo la eternidad de Dios. ¿Quereis ordenar el trabajo y mejorar la condicion del obrero? Aceptad de corazon las miras de la Iglesia, que siempre ha dado un testimonio del más vivo interés que se toma por esta clase tan numerosa de la sociedad.

Si aspirais al perfeccionamiento de las artes y todo lo que puede embellecer la vida, la Iglesia es la gran escuela de las artes, que ha hecho nacer y crecer el movimiento artístico y religioso, que tantas maravillas y tantos monumentos produjo en la edad media, y que aún son hoy el orgullo y la gloria de Europa. Cuando el protestantismo, en el siglo xvi, declaró una guerra á muerte á la fe antigua y á sus expresivos símbolos; cuando destruia los monumentos, rasgaba los cuadros, rompía las imágenes, ¿quién dió asilo á las artes perseguidas? ¿Quién las acogió? ¿Quién las animó, preparando su restauracion? La Iglesia católica. Nosotros, sacerdotes católicos, queremos las artes, deseamos que la industria tome un gran desarrollo, y que se desenvuelva el comercio. Lo que nosotros condenamos, y lo que todo hombre honrado debe anatematizar con nosotros, es el culto exagerado de la materia, y el bienestar de la vida presente considerado como el objeto supremo y la suprema ambicion del hombre. El

hombre no es solamente un animal que come y digiere; es, antes que todo, un ser inteligente, moral, religioso, que tiene deberes y un fin inmaterial. Su corazon es un grande horno que arde sin cesar, y que bien pronto devora y consume todo lo finito, todo lo limitado. Fuera de esto, se ha dicho muy bien, que no puede cambiar la naturaleza de las cosas; que siempre habrá pobres en el mundo; y que los goces que proporciona la opulencia, nunca serán accesibles á todos. Al hombre que vive de la fatiga y del trabajo, le mostrais los goces que dá el oro, y le decís: «¡Ved aquí la felicidad!» Pero, en su condicion miserable, tiene que trabajar mucho, y buscar todos los medios, y no puede conseguir los goces de la riqueza; desde entonces cobra aversion á su estado: si no puede dejarlo, apelará al desorden. ¡Hombre irreflexivo, que no sabes aprovecharte nunca de las lecciones de la experiencia! ¡Qué! ¿no comprendes que es una aberracion deplorable, el empeño de establecer la prosperidad sobre los intereses materiales? ¿No comprendes que la civilizacion del oro y la industria, no puede reemplazar á la civilizacion de la fe y de la caridad cristiana?

¿Qué queda en el mundo si suprimis el cristianismo, sus doctrinas y sus obras? No queda sino el desorden. Ni aún la idea de semejante supresion se concibe en teoría. Encerrado, aprisionado entre la cuna y la tumba como entre la nada, llega la existencia humana á ser para el rico objeto de desprecio y de disgusto, y para el pobre una horrible pesadilla, interrumpida por pesarosos y fatales sueños. Pero dejad al sacerdote que predique sus doctrinas sublimes, é inculque sus inmortales esperanzas; y se reanimará el trabajo, la industria y las artes; y se convertirán por este medio en una fuente de prosperidad y de grandeza para los pueblos. El sacerdote dispone de la palabra que instruye y consuela; enseña al obrero á soportar con buen ánimo el peso de sus privaciones, mostrándole la recompensa infinita del cielo. Al alma sedienta de goces infinitos le muestra bienes inmensos, inagotables; la vida, tan mezquina, tan desesperada, cuando se la encierra en la nada, de repente se engrandece, se dilata sin límites, aspirando á la eternidad; toda la tierra cambia de aspecto, cuando se la considera como el camino del cielo. Las esperanzas por realizar son la condicion esencial de nuestra felicidad presente; y para el hombre desheredado es una buena fortuna, es el único apoyo que puede infundirle valor en medio de las privaciones y de los sufrimientos que esta vida trae consigo. ¡Ved cuan equivocados andan los que piensan, que, mejorando el bienestar material de la vida, se ha de curar la profunda llaga que nos corroe! Lo que el pueblo reclama, lo

que este pueblo hambriento pide, lo que busca, sin darse cuenta de ello, es la verdad, que ha perdido; es la caridad, que se ha eclipsado en su corazon desde que dió al olvido el Evangelio. Enhorabuena que no pretendais, que el pueblo se embrutezca en los goces materiales; que deseéis el desarrollo de su inteligencia y le faciliteis la instruccion, poniéndola á sus alcances. Tampoco la Iglesia rechaza esta parte de vuestro programa.

2. Nunca como ahora se han hecho tantos esfuerzos para generalizar la instruccion á todas las clases de la sociedad. No lo repruebo ni vitupero; esto seria oponerme al espíritu de la Iglesia, que siempre ha tenido horror á la ignorancia, y que ha desvanecido las tinieblas del error. La instruccion del pueblo es un deseo de la Iglesia; pero quiere una instruccion que ilustre verdaderamente las inteligencias, una instruccion que mejore á los hombres, una instruccion que los consuele, que los aliente en medio de las penalidades de la vida. Y ¿lo entendéis así vosotros, hombres del siglo, que os titulais amigos de las luces? Vosotros queréis la instruccion; pero ¿qué entendéis por instruccion? ¿Es instruido un hombre, cuando sabe leer, escribir y calcular? ¿Es instruido, cuando posee todas las ciencias humanas, pero ignora la ciencia que forma al hombre de bien, al hombre virtuoso, al buen cristiano? No es la ciencia; es la virtud la que salva las naciones. ¿Queréis la instruccion? Muy bien; pero si esta instruccion que arrojais sin criterio á la multitud, no está fundada en la religion; si por vuestra enseñanza, el pueblo cree que el cielo es una ilusion, que no hay allí un Dios que le mire, ¿quién pondrá límite á sus indómitas pasiones? Ilustrando la inteligencia sin formar el corazon, excitais la ambicion y la codicia, sublevais á las masas, y dais libre curso al torrente de la impiedad. Pero, ¿cuál será el dique que detendrá la inundacion, y evitará sus efectos destructores? ¿Queréis la instruccion! Pero, cuando no se ha enseñado al hombre el cuarto mandamiento: «Honrarás á tu padre y á tu madre,» se queja de sus padres y se aparta de ellos con desden, si no le facilitan todos los medios materiales que apetece. ¿Queréis la instruccion! Pero un hombre á quien no se le ha enseñado el divino precepto: «Amarás á tu prójimo como á tí mismo,» se insubordina contra todo lo que es un obstáculo á sus deseos, mira con envidia y despecho á aquellos á quienes la fortuna ha colocado en lugar superior. Y en los momentos de desorden y de anarquía, y á favor de la confusion, se apodera de la casa, del campo, de los intereses de su vecino. La instruccion, sin la religion, es funesta; es un presente pernicioso que haceis á la sociedad; es una luz incompleta, una ciencia falsa, que entre-

gais á un hombre sin fe; un puñal que poneis en la mano de un demente.

Me direis, tal vez, que no pretendéis emancipar de la instruccion la enseñanza ni los preceptos de la moral; pero, bien; ¿en qué fundais vuestra moral? La moral descansa sobre el dogma, como la flor sobre su tallo. Suprimid las creencias religiosas, y todas las virtudes se agostan y desaparecen. Me direis, que profesais tambien creencias religiosas, y no queréis que las generaciones carezcan de principios y de fe, ni que desconozcan á Dios. Pero, bien; y ¿de dónde tomáis vuestras creencias religiosas, si desechais la enseñanza del sacerdote, si os poneis en oposicion con la Iglesia católica? Si os fundais en la razon, entónces habrá tantas religiones como individuos; y aún vosotros cambiareis de religion todos los dias, porque raras veces se opina hoy como se opinaba ayer. ¿Fundareis la moral en los libros de los filósofos? La filosofia jamás ha sabido sino dudar. Dirigida por la fe, llega á la conviccion; abandonada á sí misma, vaga á la casualidad y va á parar á la nada. Solo el sacerdote católico posee una doctrina fija, capaz de satisfacer un espíritu justo y consecuente.

La sabiduría del que no es cristiano solo trae consigo la duda. El cristianismo, por el contrario, afirma, prueba y demuestra; solo él aclara todas las cuestiones, y resuelve todas las dificultades, y explica todos los enigmas. Con él dominamos todos los sistemas; calificamos de abiertamente falso, engañoso, pernicioso, todo lo que está en oposicion con la doctrina católica; y la ciencia moderna ha venido á confirmar nuestros juicios. Los sábios, apoderándose de la narracion de la Biblia, de los dogmas y de los misterios de nuestra fe, para someterlos á su razon y á su estudio, para analizarlos, para discutirlos, despues se han visto precisados á confesar: que la enseñanza católica envuelve una filosofia sublime, la única verdadera, la única que presenta una base cierta á la moral, la única que asegura la libertad y la prosperidad de los pueblos: vamos á demostrarlo.

3. Jesucristo vino al mundo para librarnos del imperio del demonio y volvernos la libertad propia de los hijos de Dios. Esta libertad sobrenatural ha modificado profundamente el poder que el hombre ejerce sobre sus semejantes. Despues que se predicó el Evangelio, se ha reconocido, que la conciencia tiene un dominio particular, que solo pertenece á Dios; que ningun hombre, como hombre, tiene derecho ni poder sobre otro hombre; y que, por lo tanto, los príncipes que quisiesen sustituir sus antojos á la justicia y á la ley, que quisiesen someter las voluntades y los cuerpos á su capricho, cometerian una usurpacion, un sacrilegio, un robo; usurparian los

derechos de Dios. Fuera de esto, hermanos míos, hay una diferencia inmensa entre el poder pagano y el poder cristiano. El primero es una dominacion, un goce: el segundo es un sacrificio, una autoridad paternal: con una autoridad se puede ser libre; bajo una dominacion no hay más que la esclavitud. La autoridad es un lazo que une á los hombres; la dominacion es un agente que impone cadenas. La autoridad manda y es agradable; la dominacion oprime y tiraniza. Fuera de la Iglesia católica se desprecia la autoridad divina; desde entónces deja de haber autoridad; no hay más que dominacion. ¿Qué importa que esta dominacion la ejerzan uno, ó muchos; un rey, ó los parlamentos? Llamad á esta dominacion monarquía, aristocracia, democracia; nunca será sino un odioso despotismo, desde que deje de reconocer un legislador supremo, que le trace los límites de su poder y regule sus facultades. La publicacion de estas ideas fué, pues, uno de los inmensos beneficios del cristianismo. Hay en el mundo dos poderes distintos é independientes; el uno temporal, que debe concretarse exclusivamente al dominio de la política; el otro espiritual, único á quien corresponde ordenar todo lo que se refiere á las creencias religiosas, á las ceremonias del culto, á los preceptos de la moral. A la sombra de este principio han nacido todas las libertades en Europa.

Es extraño, que los hombres que hablan siempre de libertad, hayan hecho por espacio de un siglo esfuerzos inauditos para quitar á la Iglesia su autoridad y trasmítirla á la autoridad civil. Esto es querer abolir, aniquilar la civilizacion moderna, para llevarnos al paganismo, para sujetar las almas lo mismo que los cuerpos, y someterlos al yugo de un despotismo brutal. ¡Pueblos! no olvideis, que la Iglesia católica es la salvaguardia de vuestra libertad: todas vuestras instituciones están escritas sobre la piedra de la Iglesia; y mientras haya católicos en el mundo, la libertad humana no será una palabra estéril; mientras haya un sacerdote, su voz se levantará para recordar al hombre, que la conciencia solo depende de Dios. Pero suprimid el sacerdocio, y todas las doctrinas nobles y elevadas desaparecen; los deberes morales carecen ya de base y de sancion, y se rompen todos los lazos que unian la tierra con el cielo. Los que quieren dominar á los pueblos se presentan como un poder, haciéndose respetar por sí mismos, y convirtiendo su voluntad en ley: esto hacen el despotismo y la arbitrariedad. El pueblo cede por algun tiempo á esa fuerza brutal: tal es la obediencia del hombre, que no se acuerda de Dios; es decir, la más innoble servidumbre. Pero bien pronto rompe la cadena

que le sujeta, y sucede entónces la anarquía y las revoluciones sin cuento.

No cabe duda, pues, en que el sacerdote es el depositario de todos los principios de orden y de justicia, que aseguran la tranquilidad de los imperios; y nos convence una larga experiencia de que, sin su auxilio, es imposible establecer sobre bases sólidas la moralidad, la libertad y la prosperidad de los pueblos. Se han hecho, hermanos míos, grandes esfuerzos para inspiraros desconfianza contra los ministros de la religion. «Los sacerdotes, se os ha dicho, son enemigos de vuestra felicidad: no comprenden vuestras necesidades; quisieran haceros retroceder á los tiempos de la ignorancia y de la supersticion; se oponen al progreso de las luces, al desenvolvimiento de las artes y al desarrollo social.» Nosotros hemos sufrido la injuria sin quejarnos; hemos esperado con paciencia, con la seguridad de que el tiempo nos haria justicia. Y se nos ha hecho: la experiencia habla por mí. Se os ha dicho: «Los sacerdotes prometen la dicha en el otro mundo; nosotros vamos á dárosela en éste: seguidnos; la felicidad está en la tierra. ¡Ahí está!» Se han probado todos los medios, se han recorrido todos los caminos para obtener esa felicidad tan deseada. Se ha apelado á la licencia y á la anarquía bajo el nombre de libertad, y solo se han cometido errores y estragos. Se ha apelado á la guerra, y solo se ha logrado amontonar ruinas. Se ha apelado á la política, á la diplomacia, y toda su habilidad y todas sus astucias han sido burladas por acontecimientos que no han sabido evitar ni aún prever. Se ha apelado á los sábios, á los filósofos, á los ideólogos, y no han hecho sino aumentar las tinieblas, la confusion, acabando por perderse en sus propios pensamientos. Se ha apelado á los legisladores: se han hecho excelentes leyes para castigar el crimen, pero ninguna para prevenirle. Se ha apelado al comercio, á las artes, á la industria: cosas buenas sin duda y ventajosas, puesto que procuran á las familias el pan material que las alimenta; pero el hombre no vive solo de pan, necesita un alimento más sustancial para satisfacer el hambre que le devora. Hoy, que se han apurado todos los medios, y que todos los esfuerzos se han reconocido impotentes, ya no se confía en la ciencia humana. La inutilidad de tantas tentativas ha generalizado la desconfianza, la consternacion y el espanto. Unos á otros se preguntan: ¿á dónde vamos á parar? En medio de este abatimiento universal algunos sábios abren los ojos, y despertando como de un profundo sueño, gritan á sus hermanos, perdidos y consternados: «¡Si! ¡Estamos fuera de la vida, caminamos al abismo; pero aun hay remedio, volvamos atrás; nos hemos enga-

ñado! Para hacer felices á los hombres, es preciso hacerlos buenos, es preciso hablar á su conciencia, introducir en su helado corazon el sol de la verdad; es preciso hacerles conocer, amar y practicar esta divina religion, que todo lo reanima y vivifica, que satisface todas las necesidades, todas las exigencias del hombre, de la familia y de la sociedad; en una palabra, es necesario olvidarse de todos los extravíos de la filosofia y adoptar la enseñanza católica. » Si Jesucristo reina en las conciencias, todas las condiciones de la vida, todas las posiciones sociales presentan un espectáculo magnífico. En la familia teneis la imágen del cielo; en el Estado todas las garantías de orden y de prosperidad; los hombres son hermanos, exentos de ambiciones desordenadas, de deseos immoderados, que traen siempre consigo las guerras y las divisiones. Los bienes de la vida presente no son ya el objeto de la ambicion del hombre; no son sino un alimento frugal, que el padre de familia ha preparado á sus hijos para pasar el camino que conduce á la patria; y los hijos no se fijan en estos bienes efimeros, avanzan con entusiasmo hácia esas altas regiones, hácia esa eterna patria, donde, por fin, encontraremos la satisfaccion de todos nuestros deseos, y la dicha completa é imperecedera. Amen.

CONCORDIA

DE LAS CIENCIAS DIVINAS Y HUMANAS.

II.

Sapientiam atque doctrinam stulti despiciunt.

Los insensatos desprecian la sabiduria y la doctrina.

(Prov. 1, 7.)

Nunca he creído que las letras sean un adorno vano, una gala convencional para las sociedades humanas. Tiene la literatura una gravedad, una grandeza, una utilidad superior que le son propias, y que la Iglesia jamás ha desconocido.

En su espresion más elevada y brillante, la literatura forma el esplendor de lo *verdadero*, de lo *bello*, de lo *bueno*, que son cosas divinas; y por esto decimos en el lenguaje figurado, pero muy digno: el *santuario de las letras*.

Hé aquí lo que me mueve á exponer algunas consideraciones sobre el espíritu de las letras humanas, sobre la parte divina de su naturaleza y mision, y sobre la alta estima en que siempre las ha tenido la Iglesia. Prestadme vuestra atencion. A. M.

1. La Iglesia cultiva con preferencia las ciencias divinas; pero prohíbe entrar en su santuario á los que ignoran las ciencias humanas. Más aún: la revelacion le hace descubrir en las ciencias humanas un rayo del esplendor divino.

Si exceptuamos tal vez los principios del Cristianismo, en que se requería que todo fuese milagroso y divino, y en que plugo al divino Maestro que, bajo ningun concepto, interviniesen la pluma de los es-

critores, ni la elocuencia de los oradores y de los filósofos, no ménos que la espada de los césares; siempre la Iglesia ha buscado y honrado las ciencias humanas. Pero aún refiriéndome á la excepcion que llevo hecha, debo decir: que si los Apóstoles y los primeros Padres de la Iglesia menospreciaron, por indignas, la vana pompa y los atractivos frívolos de la elocuencia profana, y no tomaron los medios de conviccion de los argumentos sùtiles de la filosofia; anunciaron, sin embargo, el Evangelio con una fuerza y una riqueza de lenguaje incomparables. S. Pablo, dice Fenelon, aventajó á todo el arte de los autores profanos.

Bossuet, como Fenelon, se complace en consignar que S. Pablo, al propio tiempo que menospreciaba los vanos raiocinios de la filosofia, no por eso dejó de raiocinar con una fuerza admirable; y fué, en el fondo, un excelente filósofo, al par que un enérgico orador. Más aún: fácil nos seria demostrar con los libros en la mano, dice el célebre arzobispo de Cambrai, que no hay predicador alguno en nuestro siglo, que use de tantas figuras en sus sermones más estudiados como Jesucristo en sus predicaciones. Esto contestaba Fenelon á los que pretendian, que la predicacion cristiana no necesita para nada la elocuencia, la poesia, ni las ciencias.

Y ¿no lo han comprendido así todos los siglos cristianos? Si nos remontamos á las edades propiamente dichas de la elocuencia sagrada, desde luego se presenta á nuestra vista, en testimonio de la *immortal concordia* de las ciencias divinas y humanas, la gloriosa y escogida série de los grandes doctores del cristianismo: S. Juan Crisóstomo, la boca de oro del Oriente; S. Agustin, este gran maestro de lo patético y de lo sublime; S. Basilio, y S. Gregorio Nazianceno; el austero S. Jerónimo; S. Leon, S. Gregorio el Magno, estas dos bellas lumbreras de la cátedra apostólica; y S. Ambrosio, tan dulce y persuasivo, que Chateaubriand le llama el Fenelon de la Iglesia latina. Estas almas grandes, estos nobles y santos personajes han sido, en el mundo cristiano, los panegiristas y los testimonios vivientes de la preciosa concordia de que estoy hablando.

Fiel á todas sus tradiciones, la Iglesia no ha descuidado jamás este punto. Siempre ha recomendado á sus ministros el estudio de las ciencias humanas. Ha hecho más todavía: Dios le reservaba la gloria de ser la maestra de las naciones, de enseñar la gramática y la retórica, el griego y el latin á los pueblos bárbaros, al propio tiempo que les educaba en el Evangelio; contribuyendo así á formar las grandes naciones modernas, tan ilustradas y tan cultas, que son las reinas del mundo civilizado.

En la adopcion de las ciencias humanas hecha por la Iglesia, no se busque uno de esos cálculos de política tan comunes entre los dominadores de la tierra. Sus miras son más elevadas y más justas. El motivo de su amor á las ciencias humanas consiste en que, merced á la perspicacia y profunda penetracion con que descubre lo divino, dó quiera que se encuentre, ha vislumbrado en ellas un reflejo de Dios; consiste en que en esa luz superior, de la que procede la enseñanza sobrenatural que la Iglesia nos comunica, las ciencias humanas se le aparecen como una manifestacion del pensamiento, de la palabra, de la belleza, de la misma verdad divina en el orden natural y en el seno del linaje humano.

Con efecto; la inteligencia humana no puede seguir senda alguna, en cuyo término deje de mostrarse el esplendor de Dios, que la ilumina toda entera y hace brillar á los ojos del poeta, del orador, del filósofo digno de este nombre; lo verdadero, lo hermoso, lo bueno en su estado natural, ó sobrenatural; alumbrando así á estas almas privilegiadas con la llama celestial, á la que nada se parece en lo restante de la naturaleza, y que se llama *fuego sagrado*; nombre popular y glorioso con que se distingue al genio inspirado por Dios.

Y el único principio de todo esto es, que hay algo divino en el hombre; es, que el Criador formó al hombre á su imágen, y se complace en reproducir magníficamente en su obra los rasgos de su perfeccion y de su gloria, á saber: la inteligencia y el amor. El hombre fué su obra maestra; y cuando la dotó de una naturaleza tan bella, le enriqueció también con todas las nobles facultades y atributos que en él se admiran: el talento, el genio, el buen sentido, el buen gusto, las gracias del lenguaje, la inspiracion poética; todos estos dones maravillosos, que forman lo que yo llamo el reflejo y cierta gloria de Dios en el hombre y en las ciencias humanas.

Así ya no me admira ver el epíteto de *divino* aplicado tan frecuentemente por los grandes filósofos, y aún por los mismos Padres de la Iglesia, á la poesia, á la elocuencia, y también á la gramática: *Grammaticæ pene divinam vim*, decia S. Agustin, es decir, á las ciencias, así en lo más elevado, como en lo más humilde que tienen.

2. Las ciencias tienen una mision divina en la tierra. ¿Cómo creer que la mano de Dios sea ajena á las fases brillantes de la vida de los pueblos, y que esas grandes épocas literarias no deban su ilustracion al orden y á los designios de la Providencia sobre la sociedad humana? Reconozcamos, que aún en los mismos tiempos en que las tinieblas del paganismo cubrian la tierra, la Providencia hizo brillar la filosofia, las ciencias, la elocuencia y la poesia en lo que tuvieron

de bello y verdadero. Considerad los generosos esfuerzos que se hicieron entónces para descubrir al través de las tinieblas y más allá del horizonte algo de la luz divina... para continuar el hilo roto de las tradiciones antiguas, y encontrar de nuevo la luz que Dios hacia brillar aún como el último destello de su verdad, á fin de no dejarse á sí mismo sin testimonio, Act. xiv, 16, en medio de las naciones, y de demostrar, que la naturaleza caída no estaba eternamente desheredada de los dones de su amor.

Si; por haberlo expresamente dispuesto la Providencia misericordiosa, fué dado al genio del hombre difundir sus luces tan brillantes, que bastaron entónces para revestir de un resplandor inmortal las obras del espíritu humano. Los versos que citaba S. Pablo en el Areópago, no eran versos paganos; como tampoco lo eran las brillantes ideas que Virgilio sacaba de los libros sibilinos, astros nuevos que él columbró: *Solemque suum, sua sidera norunt*; y esas tristezas de la tierra: *lacrimæ rerum*, que infundian en su alma aspiraciones indefinibles hácia un mundo mejor, y hacian notar en sus versos, digámoslo así, un estremecimiento sublime de la naturaleza conmovida por sus prolongados dolores, una grande y poderosa inquietud de la tierra y de los cielos, que suspiraban por el Libertador deseado! ¿Y qué diremos de Platon, que contemplaba de léjos el ideal del Justo y de su muerte en una cruz? No; sin un designio providencial, ó mejor, sin una inspiracion de lo alto, la lengua de Platon y de Virgilio no habrian modulado tales acentos ni producido tantas obras maestras; y, sin embargo, Dios habia decidido que estas dos lenguas sirviesen á su Iglesia!

Lo que ocurrió al principio de los siglos cristianos, se convirtió despues en tradicion. S. Pablo habia citado á Arato y á Menandro: *Corrumpunt mores bonos colloquia mala*: I. Cor. xv, 33. (*Menandro*.) *Ipsius enim et genus sumus*. Act. xvii, 28. (*Arato*.) S. Justino y S. Agustin citaron á Platon; Sto. Tomás y toda la edad media estudiaron y reprodujeron las doctrinas de Aristóteles.

Y toda vez que debia acontecer todo esto, si lo tomásemos á admiracion, manifestaríamos que no comprendemos poco ni mucho la grandeza del Cristianismo. Este es la luz del mundo; y cuando se aparece en el horizonte, todas las sombras se desvanecen, y el Dios del Evangelio se llama el Dios del dia: *Lux mundi*; y hé aquí porque atrayendo hácia sí todos los astros, que por disposicion suya habian arrojado antes que él alguna claridad en las tinieblas, les señaló su lugar y su gloria en el nuevo firmamento; y todos, como en

el primer dia de la creacion, volviendo al foco que es su origen, contestaron sucesivamente: aquí estamos: *adsumus*.

Las cosas divinas corren siempre sumo riesgo en manos de los hombres. Por esto vemos que las ciencias se rebelan, á veces, contra la verdad, la belleza, la bondad eterna... Más ¡ay! entonces la humanidad no puede ménos de dolerse profundamente de semejante extravío!

Véase: CIENCIA.

CONCORDIA

DE LA RAZON Y DE LA FE.

III.

Rationabile obsequium vestrum.

Vuestra sumision sea razonable.

(Rom. xii, 1.)

Si á cualquier cristiano, aunque no carezca de cierta instruccion, se le pide que dé razon de su fe, responde al instante: no quiero hablar ni discurrir en este punto, sino creer. Entendido bien este modo de hablar, puede ser bueno; pero, en un sentido bastante comun, denota poca fe, y aún una secreta disposicion á la incredulidad. Porque ¿qué quiere decir, yo no discorro de modo alguno sobre la fe? Si este afectado cristiano supiera descifrar bien los verdaderos sentimientos de su corazon, ó si quisiera declararlos con pureza, reconoceria que las más veces significa y quiere decir: yo no discorro ni razono sobre la fe, porque si discudiese ó razonase, nada creeria; no razono, porque si razonára, no hallaria mi razon cosa alguna que la determinase á creer; no razono, porque si razonase, mi mis-